

multitudes cuando Bernardo quería excitarlas á convertirse, á encerrarse en el claustro ó á partir para la guerra santa. Los contemporáneos sólo describen los efectos de orden físico á la vez que moral, debidos á la fuerza sugestiva de una naturaleza ardiente creada para dominar los temperamentos apasionados é impresionables en extremo.

Pocas palabras bastan para resumir la obra histórica de San Bernardo. Fué por muchos conceptos el continuador de la reforma de la Iglesia; influyó en el Pontificado para salvarle del cisma; combatió por la unidad de la fe y determinó el segundo movimiento de Europa hacia el Asia. La Edad media no ofrece otro ejemplo de actividad tan prodigiosa ni de poder moral tan universalmente aceptado.

Nació en Fontaines, junto á Dijón, de familia de antigua nobleza, y desde muy joven se ejerció en el apostolado sobre sus propios padres y las personas que le rodeaban. En su retiro de Châtillon «convirtiéndose en terror de las madres y de las doncellas; los amigos temían verle hablar con los suyos.» Predicador apasionado, no concebía más vida que la del claustro, y á ejemplo suyo ingresaron sus hermanos en la abadía de Cister (en el año 1113-1114).

Fué allí un monje admirable, casi puede decirse el monje ideal, que trabajaba en cuerpo y alma y manejaba la hoz con habilidad que le valió la reputación de «excelente segador.» No obstante, deseoso de crear por sí mismo un sistema propio de vida monástica, se estableció el 25 de junio de 1114 en el inculto y agreste valle de Claraval. «La celda que ocupó en el nuevo monasterio se parecía, si hemos de creer á su más reciente biógrafo, á una cárcel. Cobijóse bajo el arco de la escalera; en aquel rincón colocó su cama, y un trozo de madera cubierto de paja le sirvió de almohada. Bajo el techo abuhardillado, empotrado en la pared, á un pie del suelo, había el único asiento de la celda. Cuando quería levantarse ó sentarse, tenía que doblar la cabeza, so pena de lastimarse en las vigas. Una sencilla claraboya le servía de ventana.» Allí vivió durante más de treinta años y allí murió el dominador de la Europa cristiana.

La obra principal de San Bernardo fué la regla de Cister, á la que se sometieron los monjes cistercienses.

Es preciso que el monje cisterciense esté separado en lo posible del mundo exterior. Una abadía de esta orden se edifica con preferencia lejos de las ciudades, en lugar agreste y de acceso difícil. Al contrario de lo que ocurría en Cluni, Claraval no podía poseer sino determinados bienes. La regla le prohíbe adquirir iglesias, aldeas, siervos, hornos, molinos públicos; en suma, todo lo que constituye un dominio señorial, una fuente de autoridad política. Legalmente una abadía del Cister sólo podía explotar las propiedades indispensables para el trabajo manual de los frailes, campos, viñas, prados y bosques. Estaba prohibido en absoluto á los religiosos vender por menor y comerciar con los productos de sus tierras. Otra prohibición les privaba de la cura de almas, es decir, del ejercicio del culto en una iglesia ó capilla parroquial. Huyendo del trato de los laicos, los cistercienses se guardarán muy mucho de abrir una escuela y de admitir en ella á externos. En este punto es notable también el contraste con el sistema de Clu-

ni. Se teme todo lo que pueda iniciar al espíritu en las cosas exteriores y profanas ó fijar la atención en el siglo. Se desconfía de los libros, de la literatura y de la ciencia. El monje culpable de haber escrito versos es relegado á otra casa. Los conversos, á pesar de que no son verdaderos monjes, se ven privados de abrir un libro. Toda la enseñanza se limita á que aprendan de memoria el *Pater*, el *Credo*, el *Miserere* y el *Avemaría*. A las almas puras les basta un acto de fe.

La vuelta al ascetismo caracteriza á la regla de Claraval, lo propio que á las reglas de las demás congregaciones salidas de la reforma. La castidad, la obediencia, el silencio y la pobreza individual se convierten en obligaciones inviolables. Una de las faltas más graves que puede cometer el monje cisterciense es el ser propietario: éste, asimilado al incendiario ó al ladrón, es castigado con la pena de excomunió. No sólo se prohíbe en Claraval la carne, sino que además se impide comer legumbres sazonadas con manteca; los mismos enfermos no comen carne ni en cuaresma ni el sábado. Nada de pan blanco, nada de especias; rara vez pescado, muy poco vino. Los primeros compañeros de San Bernardo comen á veces hojas de haya. Se alimentan de guisantes, lentejas y otras legumbres sin aderezar. Esta humilde cocina corre á cargo de los mismos frailes y cada uno de ellos se convierte en cocinero. Los suplementos de comida ó pitanzas que se usan en Cluni ciertos días de la semana, están formalmente prohibidos en Claraval. Para dormir, los cistercienses se echan vestidos en su cama, en un dormitorio sin celdas y en que ni un mal fuego templado en invierno la crudeza de la atmósfera. La cama se compone de una almohada, dos mantas y un jergón. El colchón, que se permite á los cluniacenses, sólo se tolera por excepción á los enfermos de Claraval.

El hábito del cisterciense se distingue del negro de los monjes de Cluni: es gris, de ese matiz que tiene la lana sin teñir. Está prohibido en absoluto llevar forrado el hábito y la camisa de lana, la capucha, los guantes y las botas, como lo hacían tantos abades y monjes de las antiguas congregaciones. Igual severidad de costumbres se aplica á las ceremonias del culto. Los cistercienses cantan al unísono sin acompañamiento de órgano. Está proscrito en absoluto de su iglesia todo lo que influye sobre los sentidos, todo lo que puede distraer al religioso de la contemplación y la plegaria. Las paredes están desnudas; nada de adornos, nada de mosaicos en el pavimento, nada de vidrios de colores ni de pinturas murales. No se ve escultura alguna; sólo se tolera la cruz, y aun así se rechazan las grandes cruces doradas ó plateadas. Quedan prohibidos los adornos de seda aun en las grandes ceremonias. En el exterior las torres de piedra están prohibidas; es preciso construirlas de madera y darles escasas proporciones. Sólo se autorizan las campanas pequeñas. Por último, no se puede enterrar en las iglesias abaciales, tratándose de personas extrañas á la orden, más que á los reyes, las reinas, los arzobispos y obispos.

En realidad Claraval fué en un principio la sátira viviente de Cluni. Claraval es la abadía modelo, la nueva creación opuesta al antiguo sistema monástico. La preponderancia moral y el prestigio religioso no tardaron en pasar de los cluniacenses á los cistercienses.

ses. Bernardo, que desposeía de todo su poder á los frailes extraños á la orden y preparaba á los cistercienses para ocupar las sedes episcopales, contribuyó, con el fervor de esta propaganda, á la victoria de Claraval. Después de todo, la competencia era legítima y Bernardo sólo se agitaba, como siempre, á impulsos de su convicción cristiana. El ardor, á veces excesivo, con que libró batalla á la abadía rival, hizo resaltar los sentimientos de amistad que le unían con su jefe Pedro *el Venerable*, reformador dotado de sentido práctico y de apacibles costumbres. El afecto recíproco entre ambos monjes triunfó de incidentes que parecían propios para alterarlo.

Pedro retenía á su lado en Cluni á un joven primo de San Bernardo, Roberto, á quien el abad de Claraval profesaba particular cariño. Bernardo se lamentaba de ello con viveza; pero tomó el desquite arrebatando, tras rudo combate, á un cluniacense el obispado de Langres, al que fué elevado un cisterciense. Agravóse el conflicto cuando los frailes cluniacenses de Gigni, en Borgoña, hubieron destruido á mano armada un priorato de Cister. A pesar de esto, los jefes de las órdenes siguieron en correspondencia amistosa, actitud meritoria que se debía menos á la moderación de Bernardo que á la paciencia poco común de Pedro *el Venerable*. He aquí las palabras de éste: «¿Quién podrá ahogar la tierna afección de mi alma hacia vos desde el instante en que no han podido lograrlo todos los incidentes ocurridos hasta ahora y cuando nuestra amistad ha resistido al empuje de la rivalidad de nuestras órdenes y al lamentable suceso de Langres?.. He tratado siempre de mantener la buena armonía entre mis hermanos y los vuestros, confundir todos los corazones en un sentimiento de caridad. En público y en privado, en nuestras grandes asambleas capitulares, no he cesado nunca de trabajar para destruir estos celos, esta animosidad que roe en secreto nuestras entrañas.»

Bernardo quiso también demostrar que no sentía la menor animosidad contra Cluni, y de 1123 á 1125 escribió la *Apología*, en la que protesta de su amor hacia todas las reglas monásticas. Trata de fariseos á los frailes que hablan con desdén de las demás reglas y celebra en términos poéticos la unidad de la Iglesia regular, «cuya túnica es multicolor é inconsútil.» Pero el asunto le apasiona y no puede menos de condenar con sarcástico arrebato las costumbres de indolencia y lujo de los benedictinos. No ataca su moralidad, sino su método de vida religiosa, su escaso apego á las mortificaciones y al trabajo manual, sus ideas sobre las condiciones exteriores del culto, muy diferentes del método cisterciense. Este juez implacable condena á los de Cluni; ni aun les perdona su celo por adornar las iglesias y consagrar el arte al servicio de Dios. «La Iglesia, dice Bernardo, respaldece en sus paredes y no da nada á sus pobres. Dora sus piedras y abandona á sus hijos desnudos. Con el dinero de los indigentes encanta los ojos del rico. ¿De qué sirven las representaciones figuradas, los objetos pintados y esculpidos? Esto mata la devoción y recuerda las ceremonias judaicas. Las obras de arte son ídolos que nos apartan de Dios; útiles á lo sumo para excitar la piedad de las almas débiles y de los profanos.»

El fogoso apóstol, que con tal brío clama contra los

abusos de la congregación rural, no se olvida tampoco de censurar los monasterios independientes de la antigua orden de San Benito. Extremó su severidad contra la real abadía de San Dionisio, en la que el Capeto y sus cortesanos y soldados vivían como pez en el agua, impidiendo á los frailes someterse á las nuevas ideas. La calificaba de «cuartel, escuela de Satanás y madriguera de ladrones.» Cuando el abad Suger hubo reformado su monasterio, el de Claraval, que con sus súplicas contribuyera á este resultado, colmó de elogios á aquellos frailes con el mismo ardor que empleara en reprocharles los escándalos de antaño. Las heridas causadas por un amigo, decía, valen más que los besos de un enemigo.

El espíritu monástico alcanzaba desde Claraval hasta la iglesia episcopal. Era preciso inducir á los obispos á cambiar de vida y á inspirarse en la austeridad cisterciense. Hemos hablado más arriba del conflicto que se suscitó entre Luis *el Gordo* y el obispo de París, Esteban de Senlis, sostenido por la poderosa mano de Bernardo. Una de las conversiones más notables fué la del arzobispo de Sens, Enrique *el Jaball*. Al adoptar la reforma y el nuevo género de existencia que aquella le imponía, Enrique se atrajo la hostilidad del rey de Francia y de sus cortesanos

(1130). Pero Bernardo defendió al prelado y llegó al extremo de decir á Luis VI, primogénito de la Iglesia, protector del Pontificado: «Este nuevo Herodes no persigue á Jesús en su cuna, pero le impide trabajar en las iglesias.»

Es que la reforma de los obispados no entraba en su plan tanto como la de las abadías, y le indignaban los obstáculos. Tan atrevidamente como denunciara los vicios de los frailes en la *Apología*, estigmatizó los del episcopado en su *Tratado de los deberes de los obispos* (1126). Nadie ha pintado con tan vivos caracteres la indignidad de esos prelados que creen honrar su ministerio por la riqueza de sus vestiduras, el lujo de los caballos y arneses «y gastan el dinero de los pobres en inútiles suntuosidades.» Se asustan de ver «escolares casi imberbes elevados, por la influencia de sus familias, á las más altas dignidades de la Iglesia. Apenas han escapado de la férula del maestro cuando se les otorgan sedes importantes y presiden asambleas de sacerdotes.» Les echa en cara llevar «trajes de mujer» y afirma «que un buen obispo es un pájaro raro.»

A su juicio, se debe tal abuso al modo de reclutar el episcopado, viciado siempre por las influencias laicas. En ninguna parte ha dicho expresamente lo que pensaba de la grave cuestión de las elecciones episcopales; pero todos sus escritos y en toda su conducta se advierte la idea de que los obispos no pueden ser instituidos canónicamente sino por la elección del clero, del pueblo y el consentimiento de los obispos de la provincia. Esta es la vuelta á las prácticas de la primitiva Iglesia; para San Bernardo el nombramiento de los prelados es asunto eclesiástico. El rey no tiene derecho de



Sello de San Bernardo



retardar la elección, ni de intervenir para que resulte en provecho suyo. Tampoco puede imponer sus candidatos. Así el partido religioso, del cual San Bernardo era el alma y el órgano, condenó primero la simonía, después la investidura, y rechazó por último toda ingerencia del poder laico en la elección. Esta fué la tercera fase por la cual pasó el movimiento reformador. El abad de Claraval no vaciló nunca, como los Pontífices del siglo XI que fueron sus modelos, en entrar en lucha hasta contra la monarquía francesa cuando así lo exigían los intereses de la reforma.

¿Por qué hubiera vacilado? Dominado exclusivamente por la idea religiosa, nunca comprendió los progresos de la dinastía francesa, ni los intereses particulares de la nación. Los que han creído y dicho lo contrario se engañaron.

Hace algunos años (1891) celebrábase en las ruinas del antiguo castillo de Fontaine-les-Dijón el centenario de San Bernardo, y uno de los oradores afirmaba que este grande hombre era uno de los santos más genuinamente franceses (casi tanto como Juana de Arco), y hablaba «de su preocupación incesante por los intereses de Francia y de la Iglesia, que estaban unidos en maridaje armónico.» En realidad, Bernardo no representa ninguna nacionalidad especial; sólo personificaba la Iglesia universal de la Edad media, regenerada por los frailes. No se cuida de la idea dinástica y nacional; piensa sólo en el bien supremo de la cristiandad y de la reforma. Lo demás le es indiferente en el fondo. Por tal concepto su figura resulta opuesta á la de Suger, tan estrechamente aliado de la familia reinante y tan afecto á la nación.

En algunos párrafos de la vida de Luis el Gordo empieza á apuntar la idea, aunque vaga, de la patria francesa. Nada hay por el estilo en los escritos del fundador de Claraval. Si se fija uno en sus actos, se advierte igual diferencia. Cuando la dinastía de los Capetos procuraba identificarse con el país, San Bernardo prefirió el conde de Champaña al rey de Francia. Vémosle hacer una ruda oposición á Luis VII porque había querido nombrar para Bourges un arzobispo que rechazaba la corte de Roma (1141) y sostener con pasión al conde de Champaña Teobaldo IV, aliado del papa y enemigo del rey. En otra parte demostraremos que favoreció, por lo menos indirectamente, el divorcio impolítico de Luis VII y Eleonora de Aquitania. Sería tan inútil negar esta actitud del célebre abad, como condenarla en nombre de principios que no eran los suyos. El y Suger obraban cada uno en su esfera de acción, conforme á sus situaciones y á sus ideas, que no se parecían en nada. Nacionalizar á San Bernardo sería empequeñecerle.

Se mostró reformador hasta contra el Pontificado, lo cual es quizá el aspecto más raro de su apostolado. Hasta entonces Roma y la reforma, casi identificados, así en la doctrina como en la acción, combatieron contra iguales enemigos y obtuvieron una victoria común, de la cual el Pontificado resultó ganancioso. Se ha visto ya cómo esta victoria ocasionó la fundación del gobierno teocrático. En tiempo de San Bernardo, la omnipotencia de la Santa Sede era un hecho indiscutible. Pero entonces el espíritu de reforma empieza á dirigir ataques contra la propia monarquía pontificia y trata de

hacerla digna de la autoridad absoluta que ejerce. Una parte de la opinión ilustrada murmura ya contra los abusos que se cometen: la multiplicación excesiva de exenciones, la extensión exagerada de las apelaciones á Roma, el lujo de la corte romana, su amor á las riquezas y la venalidad de los cardenales. Los más ardientes reformadores condenan la política de concesiones y de compromisos y de oportunismo, que fué la de los sucesores de Gregorio VII y Urbano II. Por otra parte, los que no quieren que la jerarquía tradicional se destruya temen ya, al ver la extensión del poder pontificio, la enormidad del poder concedido á un solo hombre, la cual es capaz de desvanecer las más firmes cabezas.

San Bernardo formuló todas esas quejas y abusos y temores en un tratado sobre la *Consideración*, obra extraña que se ha llamado «el catecismo de los papas.» ¡Singular catecismo en el que el Pontificado, en la persona de Eugenio III, recibe tantas reprimendas y achuchones como pruebas de afección y consejos de amigo.

Para abroquelarle contra el orgullo, San Bernardo le recuerda en términos bíblicos que un soberano insensato en un trono semeja á un «mono en un tejado» y que la dignidad de que está revestido no le impide ser un hombre, «es decir, un ser desnudo, miserable, pobre, creado para el trabajo y no para los honores.» No hay veneno ni acero tan temibles como la ambición. Esta y la avaricia son para la Iglesia romana los manantiales de los más deplorables abusos. Los cardenales son «sátrapas» que prefieren las grandezas á la verdad. ¿Cómo justificar el indecible lujo de la corte romana? «No sé que San Pedro haya aparecido jamás en público cubierto de oro y pedrerías, vestido de seda, llevado sobre una mula blanca, rodeado de soldados y seguido de bullicioso cortejo. Por el fausto que os rodea, antes se os tomaría por el sucesor de Constantino que por el de San Pedro.»

Presentando al Pontificado el «espejo en que podía mirar sus deformidades,» San Bernardo creía mejorarlo. Esperaba hacerse perdonar tan rudo lenguaje gracias á los servicios prestados á la institución.

Servicios tan grandes como desinteresados. El espectáculo que pudo presenciar el Occidente durante los ocho años que median entre 1130 á 1138 es único en la historia. Dos papas, Anacleto II é Inocencio II, fueron elegidos á un tiempo, y San Bernardo, para poner término al cisma, se convirtió en juez supremo de un litigio infinitamente complejo y delicado. Se declara con singular atrevimiento por Inocencio II, que tuvo la elección más ilegal en cuanto á la forma. Pero le reconocía un valor moral superior y pensaba que para la elección de un Papa poco valen y pesan los votos. No contento con imponer su candidato al clero y á la opinión cristiana, obliga á los reyes y grandes barones á reconocerle: Luis VII en el concilio de Etampes, Enrique Beauclerc en Chartres, ratifican con solemnidad el juicio del abad de Claraval. Durante el largo viaje de Inocencio á través de Francia, Normandía, Lorena y los países del Imperio, Bernardo acompaña á su protegido, aparta de él todo obstáculo, prodiga su elocuencia, convierte ó fulmina á sus adversarios. En Lieja el emperador Lotario quiere abusar de su situación de protector del nuevo papa, reformar el concilio de Worms y volver la Iglesia al yugo del Estado. Todo estaba per-

dido si la elocuente intervención del monje no hubiera salvado á Inocencio II de tan inmenso peligro. El propio emperador se prosternó á los pies del Pontífice de San Bernardo (1131).

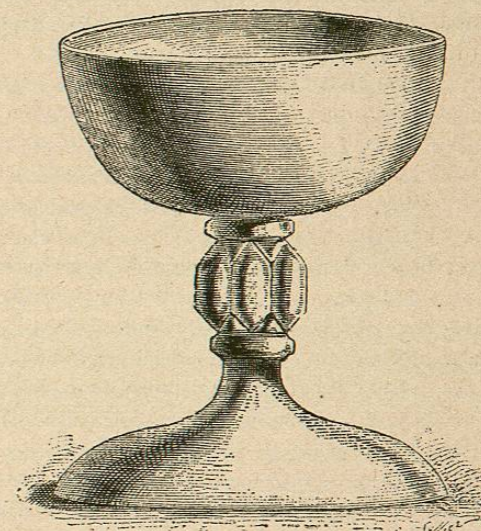
El hombre que así dictaba su voluntad á Europa, sólo estaba en los comienzos de su tarea. Anacleto era dueño de Roma y de Italia. En la misma Francia el duque Guillermo X de Aquitania y su prelado Gerardo, arzobispo de Angulema, perseveraban en el cisma. Sicilia y Escocia imitaban la conducta de Aquitania. Los tres patriarcas de Oriente no se atrevían á decidirse. Fué preciso, para acabar con aquella resistencia, que San Bernardo apareciera en el lugar del cisma y luchara con él á brazo partido. Su primer viaje á Aquitania no dió resultados decisivos (1131). Guillermo X sólo se convirtió aparentemente, y la oposición de los cismáticos fué tal que un sacerdote, á lo que se cuenta, rompió el altar en que San Bernardo celebrara misa. El principal obstáculo era Gerardo de Angulema, el legado permanente de Anacleto, una especie de pontífice aquitano, muy admirado por su ciencia teológica, sus talentos de administrador y por la protección que otorgaba á eruditos y sabios. Mucho le costó á Bernardo derribar tal ídolo. La requisitoria apasionada que lanzó contra Gerardo, cuajada de frases mordaces y de acusaciones violentas, obra maestra de ironía y sarcasmo, llegó más allá de lo que se proponía y quizá retardó la victoria.

Lo esencial era decidir á Lotario á pasar los Alpes para que abriera Roma á Inocencio II. Mientras llegaba el ejército imperial, el infatigable Bernardo recorría la Alta Italia con su papa y reconciliaba genoveses y pisanos. Muy satisfecho de su victoria, exclamaba: «Con qué rapidez se ha realizado esta maravilla! En un día he sembrado, segado y cargado nuestros hombres con las gavillas de la paz.» Por fin Lotario y el pontífice Inocencio II entran en Roma y el papa corona al emperador (1133), mientras Anacleto y sus defensores se hacen fuertes en el castillo de Santángelo.

Al partir los imperiales, el antipapa consigue expulsar á su rival, que se refugia en Pisa. Para reparar aquella derrota, Bernardo va á Alemania. Presta su concurso á una obra de gran trascendencia política: la reconciliación de Lotario con sus rivales Federico y Conrado de Hohenstaufen, herederos del ducado de Suabia y perpetuos pretendientes al trono imperial. Hacerles aliados del emperador era quitar á la oposición alemana todo pretexto de rebelión y al antipapa una protección útil. Bernardo va á la asamblea de Bamberg, habla, y las discordias de los príncipes alemanes cesan como por milagro. Lotario devuelve la Suabia á los Hohenstaufen, y éstos le prometen tomar parte en una nueva expedición contra Italia. El santo atraviesa de nuevo los Alpes y llega á Pisa, donde se le acoge como á un triunfador. Se había reunido un concilio (junio 1135) en aquella ciudad; era preciso excomulgar de nuevo á Anacleto y sus partidarios, afirmar la autoridad de Inocencio, reformar los abusos, robustecer la disciplina de la Iglesia. El abad de Claraval dirigió las operaciones del concilio, allanó todas las dificultades, dictó todas las resoluciones, y con su poderoso soplo vivificó todos los espíritus.

Cuando hubo convertido Milán, la plaza fuerte de

los cismáticos, á la causa de Inocencio II, el entusiasmo se convirtió en delirio. Por su presencia, por sus predicaciones, por sus milagros, el abad de Claraval, destruía uno á uno los obstáculos contra los cuales se estrellaban los esfuerzos combinados del papa y del emperador. La multitud se estrujaba en torno suyo, le aclamaba, le besaba los pies, cortaba sus vestidos para hacer reliquias. En Milán los enfermos llenaban cada día el presbiterio de San Lorenzo, y las parálisis, las posesiones, las epilepsias, desaparecían bajo la mano de este médico incomparable. En cuanto á él, impasible ante el entusiasmo popular, aprovechaba su prestigio para fundar ó reformar establecimientos religiosos, re-



Cáliz de San Bernardo

husando los obispados que se le ofrecían y no pensando sino en volver á ocupar su querida celda, rodeado de sus hermanos de Claraval. La enfermedad le atormentaba sin tregua y más aún el escrípulo de conciencia que le hacía parecer «monstruosa» la existencia á que la Iglesia le condenaba. «Soy no sé qué especie de quimera de mi siglo, ni clérigo, ni laico; llevo el hábito de un monje y no guardo sus reglas.» Se vió obligado, sin embargo, á salir por tercera vez de su abadía y á ir á Italia por última vez en 1137, cuando Lotario é Inocencio entraron en lucha abierta con Roger I, rey de Sicilia, partidario obstinado de Anacleto. La derrota de los normandos en Palermo, las predicaciones de Bernardo, y sobre todo, la muerte del antipapa, acabaron con el cisma.

Al saber la muerte de Anacleto exclamó con alegría el abad de Claraval: «Gracias á Dios, el miserable que ha inducido á Israel á pecar ha sido tragado por la muerte y echado á las entrañas del infierno. ¡Ojalá recibieran cuantos se le parecían igual castigo!» La unidad de la Iglesia quedaba salvada, gracias al desinterés y al heroísmo de un simple fraile, á quien el pontificado debía su victoria. Tal obra podía admirar y entusiasmar en aquel siglo creyente: «Heme aquí, escribía Bernardo al prior de Claraval, no os digo más, voy á volver, vuelvo, llevo y traigo conmigo mi recompensa, el triunfo de Jesucristo y la paz de la Iglesia.»

La recompensa hallóla Bernardo en el prodigioso desarrollo de la influencia moral y en el advenimiento á la